



Conque, yo dedico este cuento á ti, querido Rodolfo; es poca cosa; pero tú que eres tan bueno, mirarás en él lo que en él hay mejor: el corazón.

Quiéreme á mí tambien un poco, querido chico, y quedaré pagado. Gracias, y adios.



LOS AMIGOS DE COLEGIO.

I.

SABIDO es que hay quien escribe todas las noches lo que hizo durante el día; quien recuerda por la noche el asunto de la comedia vista la víspera, ó el libro que leyera, ó los cigarros que fumara; pero ¿hay siquiera un uno por ciento, un uno por mil que haya formado en su vida la lista de las personas que conoció ó conoce?

Y no ya de las personas, reducidas en número con las cuales se habla ó á quienes se ve á menudo; sino de aquellas que conocimos en otro tiempo y que probablemente no se volverán á ver más: y de estas ¿quién no ha perdido el rastro de cien y cien nombres de mil y mil fisonomías?

¡Y es gran pérdida á la verdad! Tan grande, que si volviese yo á nacer, dedicaría media hora diariamente á anotar nombres y apuntar cualidades y pormenores de las personas con las cuales se traba conocimiento cada día en el intrincado laberinto de las múltiples relaciones sociales.

¡Qué historia tan extraña no formaría yo, si tuviese á la mano en este momento un libro de apuntes, como el que acabo de mencionar, en el cual se consignasen todos los detalles y minucias de mis compañeros de la escuela de primeras letras! Ahora en cambio de aquellos dos ó tres centenares de chicos que conocía, sólo me quedan en la memoria dos ó tres docenas, y de ellos sólo puedo dar cuenta. Algunos años sin embargo, he conservado la imágen viva de todos: eran trescientos semblantes encarnados que me sonreían y trescientas chaquetas que más ó ménos determinaban claramente la condicion de los respectivos padres (de los niños, no de las chaquetas), desde la de terciopelo del hijo del alcalde, hasta la enharinada del hijo del tahonero; y hasta he conservado en el oído la voz de todos aquellos camaradas, una por una; y hasta veía el sitio de cada uno en los bancos de la escuela; y me acordaba de las palabras, de las frases habituales y peculiares de cada cual, y hasta de sus ademanes, de sus gestos y sus actitudes comu-

nes... Pero poco á poco todo se ha ido borrando, confundiéndose en una sola franja de color uniforme, de rosa todos los rostros, todas las chaquetas fueron asimilándose en un solo tono ceniciento, todos los gestos y modales se mezclaron, dejando huella indefinida, todas las voces se redujeron á cierto murmullo indistinto y vago, hasta que espesa nube envolvió todos los recuerdos y se calló el murmullo y desapareció la vision.

Lo siento ¡ay de mí! ¡Cuántas veces me entran ganas de resucitar la perdida imágen! Pero, qué, no los encontraría juntos al romper el velo de aquella niebla: Dios sabe cuántas vueltas y revueltas tendría que dar... Quizá habría de pasar desde la sacristía al cuartel, desde el cuartel á la oficina, desde la oficina á la fábrica, al despacho del abogado, á la cárcel, entre bastidores, y... al campo santo, y al buque mercante, y á América y á las Indias... ¡Quién sabe cuántas aventuras, cuántas desgracias, cuántas tragedias domésticas, cuántos cambios de costumbres, de vidas, de caras, de... en tan corto número de gentes y en tan breve espacio de tiempo!

Y sin embargo no son aquellos los amigos que más se desea volver á ver. Y si tratamos de hallar la causa en nosotros mismos, por la cual no son estos compañeros de la infancia los que con mayor deseo volveríamos á encontrar, nos admiramos del discernimiento y separacion que hace-

mos en el fondo de la conciencia entre la fuerza con que los años y recuerdos de la infancia nos interesan, y los pequeños amigos que no nos emocionan. ¿Por qué? ¿Por qué es tan débil este sentimiento de amistad infantil en nuestros corazones actualmente, cuando verificamos semejante exámen de conciencia?

Porque recordamos sin duda las alegrías producto de nuestras reuniones y el deseo de vivir juntos. Pero en aquella edad nuestras amistades se ataban y desataban con facilidad suma. Necesitábamos un compeñero que sirviera de eco á nuestras carcajadas y nos ayudase á trepar por los árboles ó que nos devolviese la pelota con empuje vigoroso, y para todo esto el que mejor servía era el más alegre, el más atrevido, el más diestro, y era el preferido en el acto. Mas ¿queríamos al débil? ¿Preguntábamos á los melancólicos: qué tienes? Y si se nos decía:—Fulano ha muerto, — ¿llorábamos? ¡Ah, no, no éramos amigos!

Ciertamente que á muchos les habrá ocurrido volver á tropezar despues de quince años á un amigo de la infancia y compañero de la escuela.

Se recibe una carta de la cual no se reconoce el carácter de letra. Pero se mira la firma, y exclamamos al punto:—¡Cómo! ¡Él! ¡Vive!—Pillamos el sombrero, y corremos á la fonda. Durante la travesía, el corazón late precipitadamen-

te, se suben las escaleras de dos en dos, y se goza al extremo de no cambiar aquellos instantes por todo el oro del mundo... ¡Aquellos, sin embargo, son los más hermosos momentos!—Se entra con ímpetu en la habitacion; se abraza á un hombre; se le mira luego atentamente y con efecto en alguna ocasion conserva aquella cara alguna que otra reminiscencia de la cara conocida, y en seguida se pregunta el uno al otro:—Y bien ¿qué haces?—Y se recuerdan mutuamente pequeñas tonterías de los primeros años... y... ¡se acabó!

Empezais acto continuo á pensar:—¿Quién es éste? ¿Qué clase de hombre se ha formado? ¿Cómo ha vivido en todo este tiempo? ¿Qué ha pasado por aquel alma? ¿Es bueno, triste, alegre; creyente, incrédulo?... Y luego:—no tengo nada de comun con él; no le conozco, ni me interesa. Sería preciso escrutar su pensamiento, escudriñar su manera de sentir, estudiarlo para que interesara: ¿luego no es un amigo?—No.

Y lo que pensais, lo piensa él juntamente, con lo que la conversacion languidece y se enfría, comprendiendo ámbos de corrido que cada cual ha caminado por opuestos senderos.—Él os deja ver la punta del gorro frigio, y vosotros le enseñáis el ribete de monárquico reaccionario; segun él le daís un recorrido en literatura y os da á su vez una capuana en asuntos de intereses mate-

riales; le preguntais, ántes de decirle que os habéis casado, si se casó, y os contesta:—¡soy yo estúpido!—y acabáis en fin estrechándoos apénas las puntas de los dedos al despediros, y apagando un débil destello de una sonrisa apénas en flor.

¡Los amigos de la infancia!

¡Oh, sí, muy queridos cuando se ha vivido con ellos consumiendo algo de la juventud!; pero si no ¿qué son sino fantasmas?

Y la infancia misma ¿qué es?—¡No comprendo cómo se recuerdan con amargura aquellos años! Años en los cuales se sufre, cierto, pero en los cuales no se piensa, no se trabaja, no se cree en nada, racionalmente, no se devoran aquellas lágrimas acerbas y ardientes que purifican el alma y hacen levantar despues la frente altanera llena de esperanzas y de valor! ¡Oh, mil veces mejor es sufrir, trabajar, combatir, llorar, que dejar deslizarse la existencia sonriendo y alegres, con una risa y una alegría que nace de nada, que de nada se alimenta y por nada se turba!

¡Es preferible estar en la brecha sangrientos y ensangrentados, que entre flores soñando, sin saber en qué se sueña!

II.

Los primeros y más grandes amigos los encontré á los diez y siete años en un soberbio palacio que tengo constantemente delante de los ojos como si hubiese salido ayer de él.

Veo sus grandes patios, sus grandes pórticos, sus salones poblados de columnas, de estatuas y de bajo-relieves; y en medio de estas cosas bellas y magníficas que recuerdan la antigua residencia Real, largas filas de camas, de bancos, de mesas, de prendas colgadas, de fusiles y machetes.

Quinientos jóvenes se hallan derramados por los patios, las galerías y las escaleras; sordo rumor interrumpido por sonoras carcajadas y agudas voces se esparce por todos los ámbitos hasta por los más ocultos rincones del vastísimo edificio. ¡Qué movimiento, qué vida! ¡Qué variedad de tipos, de modales, de actitudes, de acentos! Jóvenes de atléticas formas con largos bigotes retorcidos y estentóreas voces; jovencillos delgados y elegantes como señoritas; semblantes mo-

renos y ojos sicilianos negrísimos; cabellos rubios y azules pupilas del Norte; gesticulaciones exageradas de napolitanos, argentino vocerío de toscanos, hablar acelerado de venecianos, cien dialectos en fin, y cantos y conversaciones clamorosas, y saltos y brincos, y gentes de todas clases sociales, hijos de duques, de senadores, de tenderos, de empleados, de generales. Una sociedad rara con algo de colegio, de convento y de cuartel; donde se charla de mujeres, de guerra, de novelas, de reglamentos; donde se ejecutan actos pueriles dignos de damiselas, y se descubren ambiciones secretas viriles, una vida repleta de aburrimientos mortales y de desenfundadas alegrías, una confusión de sentimientos, de hechos y casos dolorosos, extravagantes, amenísimos, de los cuales sacaría gran partido para crear una obra maestra la pluma de cualquier gran escritor humorista.

Esa era la Escuela militar de Módena el año de 1865.

III.

No puedo pensar en aquellos dos años trascurridos allí, sin que me asalte un tropel de reminiscencias, de las cuales no me libro sino despues de haberles pasado revista á todas una por una, como si se tratara de linterna mágica; ora riendo, ora suspirando, ora moviendo la cabeza; pero comprendiendo que todas aquellas imágenes me son queridas, y que mientras viva jamás se borrarán de la mente y del corazón.

Me acuerdo perfectamente del primer dolor experimentado en la vida militar, pocos días despues de entrado en el colegio, ardiendo en bética poesía.

Una mañana se nos repartió á los alumnos los casquetillos. Todos mis compañeros de escuadra encontraron uno que les estaba bien: yo sólo no hallé ninguno que me viniera: todos eran chicos para mí.

El capitán, incomodado, se volvió y encarándose conmigo, me dijo:

—Pero, hombre, ¿sabe usted que es curioso el caso de que sea preciso abrir de nuevo el almacén para usted solo?

Y un momento después, añadió:

—¡Qué cabezota!

¡Dios eterno! ¿Qué pasó entonces por todo mi ser? ¿Y yo voy á ser soldado? ¡Cá, ni por pienso; primero pedir limosna; primero morir!...

También me acuerdo de otro oficial, soldado viejo, bueno en el fondo, pero algo corto de luces, que me miraba siempre sonriendo desde los primeros días, y tanto me llegó á cargar que me disponía yo á pedirle una explicación de aquella burla, haciéndole saber que no estaba dispuesto á servir de dominguillo á nadie, cuando una tarde me llamó, y después de darme á entender que le habían dicho *cierta cosa* de mí, y que quería cerciorarse de si era verdad, y que le respondiese con franqueza, porque después de todo no era *una cosa* que me deshonrase, añadió después de mil ambages y rodeos, bajando la voz, mirando á todos lados y casi murmurando á mi oído:

—¿Pero es verdad que es usted poeta?...

Tampoco se me olvidan las insuperables dificultades que se me ofrecían en el cumplimiento de mis deberes manuales, especialmente en el recosido y pegado de los botones. La aguja se me escapaba de los dedos y acababa por cons-

truir una red de puntadas, una tela de araña, casi un ovillo, y el botón permanecía colgando como antes, con gran desesperación mía, gran jolgorio de mis camaradas y gran escándalo del sargento de escuadra, que me decía:

—Usted será bueno para hallar los consonantes, pero maldito si sirve usted para pegar un botón. En este punto está usted *cien años atrasado*.

¡Terrible sentencia que me trasportaba al siglo xviii y que robaba la paz al alma!

Aún veo el vasto refectorio donde habría podido hacer el ejercicio un batallón con entera comodidad. Distingo las largas mesas, las quinientas cabezas inclinadas sobre los platos, aquel movimiento acelerado de quinientos tenedores; de mil manos y de diez y seis mil huesos entre dientes y muelas; aquellos pelotones de asistentes y ordenanzas y mozos que corren de acá para allá, solícitos; y oigo aquel rumor, aquel ensordecedor ruido, aquel metal de voces truncadas por los bocados y mordiscos:—¡Pan! ¡Pan!... y hasta me parece que al recordarlo, escribiendo estas líneas, se me abre el apetito de un modo terrible, sintiendo aquel vigor hercúleo de mandíbulas y aquella exuberancia de vida, de alegría y de actividad, que inundaba entonces todo mi ser.

Cambia la escena, me encuentro encerrado en

estrecha celdilla del quinto piso, poco más alta y más ancha que yo; con un puchero de agua al lado y un pedazo de pan negro en las manos, el pelo enmarañado, la barba larga y el retrato de Silvio Pellico ante la vista; condenado á diez días de prision por haber dirigido un discurso de gracias al profesor de química el día de su última lección, *contraviniendo lo dispuesto en el artículo tantos del Reglamento, que prohíbe usar en público de la palabra* en nombre de los compañeros. Y escucho todavía al Comandante, que me dice:

—¡No se deje nunca llevar de la imaginación; sírvale de ejemplo mi antiguo condiscípulo Regaldi, al cual le ocurrieron algunos contratiempos por motivos análogos al que ocasiona su castigo: la poesía no ha producido jamás sino barbaridades!

Y por último, veo á mi alrededor, como si realmente permaneciese en aquella vida, las compañías, que atraviesan en silencio por la noche, á lo largo de los corredores, iluminados allá en el fondo por tenue lucecilla; á los profesores en la cátedra, que nos aturden los oídos con Gustavo Adolfo, Federico el Grande y Napoleon; las amplias aulas atestadas de figuras inmóviles; los grandes dormitorios oscuros, donde se siente la respiración de cien individuos; el jardín, los corrales, la plaza de armas, los bastiones de la muralla, las calles tortuosas de Módena, los cafés

lentos de alumnos que devoran pastas y bebidas, las puertecillas enfiladas en las galerías, los almuerzos campestres, las escapadas en carruaje á los pueblos comarcanos, las intriguillas, los estudios, las rivalidades, las melancolías, los odios y los afectos.

IV.

Pocos días ántes del exámen para ser promovidos á oficiales, se nos concedió la libertad de estudiar donde quisiéramos. Éramos doscientos en el segundo curso, y nos desparramamos por el inmenso palacio formando grupos de cinco en cinco ó de seis en seis, tal como las simpatías lo reclamaba, empezando á trabajar desesperadamente cada grupo en su cuarto día y noche, no dejando por eso de charlar constantemente de los exámenes y del porvenir.

¡Cuánta alegría en nuestros discursos y qué risueño futuro! Despues de dos años de prision, la libertad de repente, las espadas al cinto y la vuelta al seno de las familias. Cada uno de nosotros, además de la satisfaccion de ser promovido á oficial, que era comun, tenía una satisfaccion particular. Para uno consistia en llevar un empleo á la familia que vivia estrechamente para poderlo mantener en el colegio, pudiendo decir de allí á poco: «¡Tengo diez y ocho años y ya no necesito de nadie!»

Para otro era el placer de entrar un día vestido de gran uniforme taconeando y arrastrando el sable en una casa tranquila y silenciosa, donde le esperaba un anciano tío guerrero, que lo habia siempre amado y protegido.

Para un tercero era la alegría por poder subir una escalera, harto conocida, con el Real despacho en el bolsillo, llamar imperiosamente á una puerta tras de la cual se escucharía la voz de una muchacha gritando:—«Es él,» una prima quizá, de la cual se despidió dos años ántes en presencia de los pádres, y que lo animaron en sus amores con aquellas palabras sacramentales de:—«Vé, estudia, hazte hombre, y despues veremos.»

A todos nos parecia ya vernos rodeados de chicuelos que nos tocaban el sable, de muchachas que nos hacian gestos de inteligencia, de viejos que nos echaban el brazo por el hombro, de madres que nos contemplaban diciendo:—«¡Qué bien estás!» Y teníamos necesidad de grandes esfuerzos para libertarnos de todos estos fantasmas y de todos estos cuadros, con objeto de volver á los libros, exclamando cada uno á su vez:

—Sí, sí, tienes razon, veremos; pero déjame ahora estudiar en paz.

Despues cada uno segun su índole, sus hábitos ó sus caprichos, comunicaba á los demás el regimiento, la provincia, la ciudad que elegiría para guarnicion.

Habia quien deseaba el estrépito y la alegría de Milan, y no soñaba más que en teatros, en máscaras, en bailes y en ruidosas cenas de amigos. Otro fantaseaba con una amena aldea de Toscana, colocada en la cumbre de una colina, donde gozaria de bella y tranquila primavera, con sus treinta soldados, recogiendo proverbios y cantos de los aldeanos de los contornos. Otros preferian ser mandados á un solitario fuerte de los Alpes, entre las escarpadas rocas, donde poderse entregar á sus estudios favoritos con profundo recogimiento. Cuál, elegía la vida aventurera de los bosques de Calabria; tal otro, el espectáculo de grande y comercial ciudad marítima; tal otro, un islote del mar Tirreno.

Recorríamos y nos repartíamos toda Italia trozo á trozo cien veces, como habríamos hecho con nuestro jardin, y cada cual contaba á los demás las maravillas de su rincon, encontrando todos bellos y queridos los panoramas, cada uno á su manera.

Y despues... ¡la guerra!

¡Tambien era preciso entrar en batalla una vez siquiera!

Bastaba proferir aquella palabra para arrojar todos los libros y empezar á charlar, alzando la voz poco á poco y acabando por dar voces, con la cara encarnada como la grana hasta las orejas. La guerra era para nosotros como una vision so-

brehumana, en la cual la mente se perdía con fantástica embriaguez; significaba un lejano horizonte color de rosa sobre el cual se dibujaban perfiles negros de gigantescas montañas, por cuyos flancos subian impetuosas interminables huestes de soldados con bandera desplegada, al son de alegre música; y entre miles de los que asaltaban, en las primeras filas de la vanguardia, en los puntos culminantes, se destacaban nuestras figuras claras y distintas, por largo trecho delante de los primeros, con el sable en la mano dando por igual, órdenes y cuchilladas; y sobre la opuesta pendiente descendian con espantosa precipitacion soldados desalojados de las cimas, y caballos, y cañones, en direccion de un ignoto abismo entre densas tinieblas.

¡Una medalla al valor militar! ¿Pero quién no la habría ganado? ¿Perder la batalla? ¿Pero pueden perder los italianos?

¡Morir! ¿Qué importa morir por la patria? ¡Y quién piensa morir á los diez y nueve años! ¡Quién sabe los extraños y maravillosos casos que nos esperaban!

¡Quién sabe las cosas que habríamos de ver!

Acaso nos esperaba lejana expedicion; una guerra en Oriente; la cuestion de Oriente no podia haber concluido... Y se espaciaba el ánimo con la imaginacion, vagando por mares y montañas, y se notaban grandes aprestos militares de

ejércitos y flotas, y se ardía de impaciencia exclamando á cada paso:

— ¡Oh, esperad los que os examineis primero á los que nos examinemos despues, para ir todos juntos á la batalla!

Y finalmente, sufrimos los exámenes, fuimos promovidos á oficiales, y una bella mañana del mes de Julio se nos abrieron las puertas del palacio ducal, diciéndonos:— ¡A vuestro destino!

Y nosotros arrojando agudísimo y unísono grito de alegría, nos lanzamos fuera desparramándonos por toda Italia como bandada de pájaros.

V.

¿Y ahora?

Han pasado seis años no más y ya se podria escribir una larga novela si se quisiesen recoger y enlazar las más notables vicisitudes ocurridas en la vida de estos doscientos compañeros.

Yo, que en este espacio de tiempo ví á muchos y tuve ocasion de proporcionarme noticias de otros, suelo reclamar todos á mi memoria, reanimando pasados recuerdos, é interrogando una por una á todas aquellas imágenes; y lo que veo y siento deja siempre en mi alma una impresion de maravilla, mezclada de melancolía.

Y hé aquí en tropel algunas de estas impresiones:

Las primeras que saltan á mi vista son las producidas por ciertos hombres morenos y barbudos, de ancha espalda, y que yo no recuerdo haber conocido por el momento. Sin embargo, ellos me sonrieron, y si son verdaderamente aquellos jovenzuelos que parecian damiselas, pregunto:—

¿Sois vosotros? —Y ellos me responden: — Sí; — y doy un paso atrás sorprendido de aquel *si* sonoro y profundo, en cuyo timbre no reconozco la antigua voz infantil.

— ¿Y estos otros? Los lineamentos en estos no cambiaron, las formas son siempre las mismas, atrevidas y robustas; pero la sonrisa ha desaparecido y los ojos no brillan como ántes. — ¿Qué os ha ocurrido? — pregunto. — ¿A nosotros? — responden — nada. — ¡Oh, habría preferido que os hubiese sucedido algo, para no ver que el tiempo, tan breve tiempo, puede por sí solo mudar un rostro de tal manera!

Hé aquí otros. ¡Dios mio! ¡Es posible! uno, dos, tres, cinco, dejadme mirar mejor: cierto, canas; á los veintisiete años el cabello blanco. — Pero decidme: ¿Cómo ha sucedido? Se encogen de hombros y pasan adelante.

Despues veo larga fila de amigos de los más calaveras; los unos con un niño en brazos, otros llevándolos de las manos.

Aquel se casó; aquel es padre de familia; ¡quién lo habría creído!

Otros llegan con la cabeza baja y los ojos enrojecidos, me saludan con una leve indicacion de cabeza y una sonrisa amarga. Lo comprendo: ¡Llevan un lazo negro de gasa en el brazo izquierdo!

Aquél pasa con la frente alta, revolviendo la

mirada radiante á todas partes y tocándose al lado del corazon con la mano derecha... ¡Ah, es el sueño de nuestras noches de colegio; la medalla al valor militar: afortunados!

Éste cruza con paso lento, pálido, chupado, apénas si se le reconoce. — ¿Qué tiene? ¿Qué le sucedió? — ¡Ay de mí! En aquellos brazos y en aquellas piernas hercúleas de que se galardoneaba en las orillas del Panaro; en aquellos miembros torneados, de acero, que parecia que jamás llegarían á envejecer; en aquel cuerpo que pudiera servir de modelo representando la salud, la lozanía, la agilidad, la fuerza, ¡ay de mí! los instrumentos de los cirujanos penetraron en busca de las balas austriacas, y de las laceradas carnes surgió la sangre á borbotones y se amputaron los miembros. ¡Pobres amigos! ¡Pero, no obstante, sobrevivieron para recoger entre nosotros afectos y gratitud general en premio de su sacrificio por la patria!

— Pero ¿y Fulano?

— Murió en una marcha por Lombardía.

— ¿Y Zutano?

— Murió de una herida de metralla en Monte Croce.

— ¿Y aquel otro amigo?

— Muerto del cólera en Sicilia.

— ¡Oh, basta! ¡No me digais más!

Todos pasaron. Se alejaron, y yo me lancé en

alas de mi fantasía hacía el opuesto lado, sobre el camino por ellos recorrido, á fin de buscar las huellas de sus pasos... y ¡cuántos rastros encuentro, y qué rastros!

Aquí libros y mapas por el suelo, sobre cuyos planos se hallan trazados los rasgos de la batalla y los apuntes estratégicos de los movimientos y maniobras; versos empezados y composiciones largas por concluir; un velador derribado por tierra; una punta de cigarro aún humeante; signos indelebles todos de la vigilia. Aquí sillas rotas, piés de copas, algún que otro resto de trajes de mujer desparramado por el suelo. Más allá un espacio de terreno enteramente llano y pelado; dos sables ensangrentados; trazas de pisadas humanas llegadas hasta allí, y en la arena, grande charco de sangre y la señal de un cuerpo que cayó de golpe y dejó grabado un hueco en contorno. A estotra parte, un tapete verde hecho girones, y náipes, y dados. Hé ahí el billetito amoroso y perfumado, y el ramito de flores secas al lado de la crucecita, donde se halla escrito con un corta-plumas: *¡A mi madre!*

Y mientras más revuelve la imaginación sus ojos, más libros se presentan á su vista, y más cuadernos, y más cartas, y más náipes, y nuevas insignias militares, y retratos de mujer, y cuentas del sastre, y letras de cambio, y sables, y flores, y sangre. ¡Ah! ¡Qué vasta tela teje la

mente con aquellos hilos perdidos y aquellas hilachas diferentes! ¡Cuántos afectos, cuántos dolores, cuántas luchas, cuánta poesía, cuánta locura, cuántas desgracias entreveo y cuántas desventuras concibo! Ciertamente que también levantan su cerviz, para que las recuerde, muchas virtudes, y mucha generosidad y mucho heroísmo; pero ¡cuánto derroche de fuerzas y de porvenir!

Y aún cuando no se hubiese perdido ni una hora; aunque en estos seis años no se hubiere gastado nada, ni nada desperdiciado para el trabajo; aún cuando no hubiésemos abierto el corazón á otros afectos que á los que elevan la inteligencia y purifican la vida, siempre, no obstante, habríamos perdido una grande y cara ilusión, la cual, al borrar, arrastró consigo gran parte de nuestra fuerza y de nuestro porvenir: la ilusión de aquel lejano horizonte color de rosa, sobre el cual se diseñaban los negros perfiles de gigantes montañas y aquellas interminables filas de lanzas, de asaltos, de banderas desplegadas al viento al son de alegres músicas... ¡Una guerra perdida!

Y si todavía no hubiésemos perdido esta ilusión, ¿acaso no habríamos perdido otras cosas?